

**RESEÑA DEL LIBRO DE MAUNCIO TENORIO-TRILLO.
*MEXICO AT THE WORD'S FAIRS; CRAFTING A MODERN
NATION*, UNIVERSITY OF CALIFORNIA PRESS,
BERKELEY, LOS ANGELES, LONDON, 1996, PP. 373.**

Rafael A. Ruiz Torres

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

La creación o invención de la nacionalidad ha sido un tema que ha llamado la atención a muchos historiadores. La forma en que los gobiernos, más bien, las elites gobernantes han hecho uso de la historia, los símbolos y la cultura para crear una identidad nacional tuvo su auge en el siglo XIX, cuando se desarrolla la historia científica. Dicha creación ha estado relacionada con la idea de modernidad y cosmopolitismo. México, al igual que otros países, construyó su nacionalidad con base a las decisiones de la elite gobernante.

Mauricio Tenorio presenta una parte de la construcción o invención de la nacionalidad tomando como referencia la participación de México en las ferias mundiales en dos épocas distintas: primero, en la Feria Mundial de París de 1889, en pleno auge del porfiriato; y a

continuación en la de Río de Janeiro de 1922 y la de Sevilla de 1929, durante los primeros gobiernos de la Revolución. Aunque México envió representaciones a diferentes ferias, desde la de Londres en 1851 hasta la de París en 1937, fueron las tres anteriormente señaladas donde pueden encontrarse características definitorias, y sobre todo la de 1889. Tenorio señala que las Ferias Mundiales son un buen ejemplo ya que nos permiten comparar los cambios en la percepción de la modernidad, tanto por los contemporáneos como por los historiadores.

Así pues, la obra está estructurada en dos partes: la primera, referida a la participación de México en las ferias durante el porfiriato (lo cual ocupa dos terceras partes del libro); la segunda, lo que presentaron los regímenes de la Revolución, particularmente los de Obregón y Calles.

Las ferias mundiales del siglo XIX fueron verdaderos escaparates del avance de la humanidad. Que mejor idea que mostrar el progreso humano en una gran fiesta donde se pudiera atestiguar el desarrollo de la ciencia, el arte y la tecnología. Pero también las ferias tenían como objetivo mostrar la fuerza y el poder de las naciones-imperios del siglo XIX, y así lo consideró el gobierno francés en 1889..

A fines del siglo XIX Francia era considerada por muchos el centro de la cultura y la modernidad. Para los franceses la Feria de 1889 fue el momento oportuno para crear y crearse una imagen nueva (la fecha era significativa, ya conmemoraba el centenario de la Revolución), y el gobierno francés no escatimó gastos (tan sólo pensemos en la Torre Eiffel). Francia debía presentarse como la guía espiritual de la humanidad.

Para las elites del porfiriato, al igual que muchas en Latinoamérica, Francia y lo francés eran el modelo a seguir, ya que la consideraban una nación de vanguardia. La modernidad y el nacionalismo fueron dos problemas que preocuparon a los gobernantes del porfiriato y a los primeros regímenes de la Revolución. Para el gabinete de Díaz, las ferias mundiales y regionales, y particularmente la de París en 1889, fueron el escaparate ideal para mostrar al México moderno que se estaba construyendo. Ellas también servirían para atraer la inversión extranjera, promover la inmigración de

Europeos a nuestro país, y mostrar las grandes riquezas naturales. Por otra parte, en la feria de París, México debía dar cuenta que ya no era un país de asonadas y revoluciones, de peligros e inseguridad; por el contrario, debía mostrarse que los mexicanos ya habían entrado a la era de "orden y progreso", y que mejor lugar que la capital francesa para dar a conocer al mundo este nuevo rostro.

En principio, Tenorio analiza la participación de México en París en 1889, y al mismo tiempo muestra como en esta época se crea un modelo para las ferias subsiguientes. A los que lograron este milagro los llama "los magos del progreso"; entre ellos estaba el pintor José María Velasco, el arqueólogo Antonio Peñafiel, el arquitecto Antonio Rivas Mercado (quien diseñó el Monumento a la Independencia) y el escultor Jesús Contreras. Por lo general, la organización de la muestra estaba a cargo de los ministerios de Comercio e Industria, aunque la sección de arte y cultura eran muy importante.

¿Qué eligieron los magos del progreso para presentar en el pabellón mexicano? Tenorio lo divide en cuatro grandes secciones: antropología y etnografía; arte y arquitectura; estadísticas, mapas, patentes y gobierno; historia natural y sanidad. Cada uno de ellos debería mostrar la belleza del país, la riqueza de materias primas, el control que ejercía el Estado, el avance en comunicaciones, el desarrollo

industrial, y que había una atención a los problemas de salud pública.

El pabellón, es decir, la construcción que albergaría los productos a exhibir fue una preocupación constante, ya que su estilo debía reflejar el concepto de historia que existía en México; las opciones iban de una edificación de estilo prehispánico a otra de aspecto colonial novohispano. Esto era parte de una polémica entre hispanistas e indigenistas que se remontaba a los días de Lucas Alamán y Carlos María de Bustamante, y que encontró un punto de reconciliación en la obra magna del porfiriato, *México a través de los siglos*. Finalmente se eligió construir el llamado *Palacio Azteca*, y Tenorio le dedica un capítulo a su descripción y análisis. Aunado al Palacio Azteca se integraron algunas obras de arte que reflejaban un concepto grecoromano de la cultura mexicana; estas eran *El Senado de Tlaxcala* del pintor Rodrigo Gutiérrez (actualmente expuesta en el Museo Nacional de Arte, en la ciudad de México), *El descubrimiento del pulque* de José Obregón y una serie de bronce que representaban deidades prehispánicas y guerreros aztecas como Cacama, Cuitláhuac, Totoquiuhatzin y Cuauhtémoc (algunas de ellas adornan actualmente el Monumento a la Raza, en la ciudad de México). Tanto el Palacio Azteca como las pinturas y esculturas eran un intento por crear un arte nacional. Así

pues, en la feria parisina de 1889, México era tropical, fértil, bello, ordenado y cosmopolita.

La segunda parte de *México en las Ferias Mundiales* cuenta como las elites gobernantes revolucionarias intentaron justificar hacia el extranjero el movimiento armado de 1910, y al mismo tiempo promover los valores tradicionales ya mencionados. Así pues, Tenorio analizará la participación de México en las ferias de Río de Janeiro y Sevilla. En efecto, hacia 1921, el gobierno decidió aceptar la invitación para la feria que iba a llevarse a cabo al año siguiente en Brasil. Para tal fin, el presidente Alvaro Obregón nombró como jefes de la delegación mexicana a José Vasconcelos, entonces ministro de educación, y al general Manuel Pérez Treviño. Para Vasconcelos la feria de Río de Janeiro fue una gran oportunidad para exponer sus ideas panamericanistas. A diferencia del Palacio Azteca de la feria de 1889, en la de Río de Janeiro se presentó un ejemplo de arquitectura colonial. El pabellón fue diseñado por un arquitecto de 26 años, Carlos Obregón Santacilia (también fue el autor, entre muchas otras obras de la primaria Benito Juárez y del Monumento a la Revolución, ambos en la capital del país). Dicha construcción estaba más acorde con las ideas hispanistas de Vasconcelos y con una corriente política que oponía a la influencia norteamericana

na un hispanismo antiyanqui. Por otra parte, los productos presentados no diferían mucho del modelo porfirista, aunque incluyó una muestra de arte popular. Así pues, en 1922, en Río de Janeiro, México fue tropical, fértil, bello, hispanista, revolucionario y políticamente estable.

Al igual que las anteriores ferias, la celebrada en Sevilla en 1929, llamada *Exposición Ibero-Americana*, fue ocasión para promover las virtudes del país anfitrión. En este caso, España intentó una reconquista espiritual de sus antiguas colonias en América, y el eje de la exposición fue la labor civilizadora y cristiana del colonialismo ibérico. Como podemos imaginarnos, esta ideología no estaba muy a tono con los pensamientos del hombre fuerte de México, Plutarco Elías Calles.

De cualquier forma el gobierno envió una muestra más o menos grande, y consideró que Sevilla era una buena oportunidad para generar una opinión favorable a la Revolución y sus reformas sociales, y, nuevamente, cambiar la idea de que México era un país caótico y violento. El pabellón se diseñó en un estilo prehispánico, maya-tolteca, y fue el resultado de un concurso que ganó el arquitecto yucateco Manuel Amabilis. El interior estaba decorado con pintura de artista Víctor Reyes. Los productos que se presentaron no estaban muy alejados de aquellos de la exposición de París cua-

renta años atrás: materias primas, artesanías, agricultura, y—señala Tenorio—“los eternos productos de la industria: cerveza (Cervecería Cuauhtémoc), cigarros (El Buen Tono), y comida enlatada (Clemente Jacques)”. Aunque a ellos se agregaron los estantes de las compañías petroleras y la presentación de un medio nuevo: el cine. Así pues, lo que vieron los visitantes de la feria sevillana en 1929, fue un México tropical, fértil, bello, estatista y populista.

El trabajo de Tenorio puede ubicarse dentro de la corriente constructorista, es decir, aquel tipo de historia que investiga la manera en que las naciones han creado su identidad. Es obvio que la imagen que México quiso proyectar en las ferias mundiales es sólo una parte de la construcción del nacionalismo (y así lo señala el autor), pero bien podría servir como marco para compararla con la visión que los mexicanos tienen de su país. En muchos sentidos dicha construcción fue, como dice el autor, un proceso autoritario que frecuentemente resultó en una forzada centralización y homogeneización.

Las ferias mundiales bien se podrían comparar con otros eventos tales como los mundiales de fútbol o los juegos olímpicos. En ambos casos, tanto el país anfitrión como los invitados desean ofrecer una imagen externa e interna. Recordemos la Olimpiada de 1936 en Berlín, don-

de el régimen nazi presentó a través de la hábil propaganda de una Alemania poderosa y racialmente pura; o, más cercano a nosotros, la Olimpiada de 1968 y los mundiales de fútbol del 70 y 85, donde se quiso mostrar a los mexicanos como los anfitriones ideales.

México en las Ferias Mundiales es muy buen ejemplo de cómo este país construyó una parte de su nacionalidad. Dicho proceso, tal como lo muestra el libro, fue contradictorio y cambiante, creado a través de ensayo y error, interpretando lo que se creían eran tenden-

cias universales. Por ejemplo, la identidad nacional se definía con base a lo que pensaban las elites gobernantes porfiristas y que los extranjeros (léase europeos y norteamericanos) deseaban ver: un país agraciado por la naturaleza, exótico y preparado para el capital.

Sin embargo, el pueblo interpretó de otra forma los símbolos nacionales; aquí, como en otros países, los boxeadores y futbolistas se codean con los héroes patrios. El libro de Tenorio es indispensable para aquellos interesados en la cultura y las ideas del México moderno.